

Algo sobre bibliopegia antioqueña del siglo XIX

*Para Carlos Quijano,
último cultor del arte.*

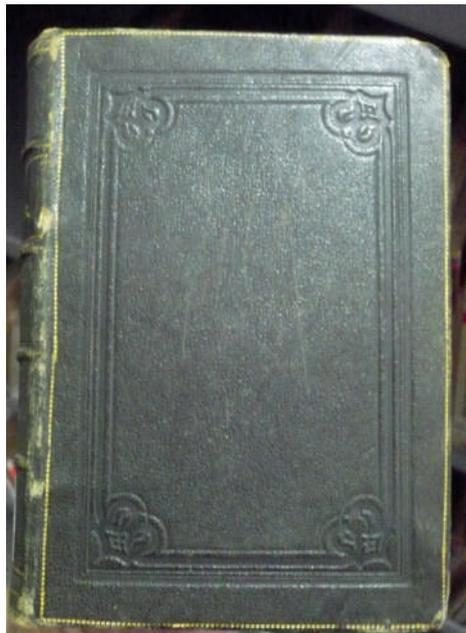
Sebastián Mejía Ramírez

Adiferencia de países como Chile, México o Perú, Colombia, a excepción de un par de estudios parciales caracterizados por una irredenta centralidad, lo ignora casi todo acerca de las antiguas técnicas, materiales, estilos y agentes locales de la historia de su encuadernación artística. Olvido apenas consecuente con la falta de fondos especializados dedicados a su reconocimiento y conservación, de la inexistencia de conocimiento especializado en los bibliotecónomos encargados de la administración y preservación de fondos bibliográficos, y de la nula formación profesional de sus empleados dedicados al oficio. Un triste destino rodea el tema: en Antioquia nada de ello se reconoce, y en cambio, todo se refila y se reencuaderna.

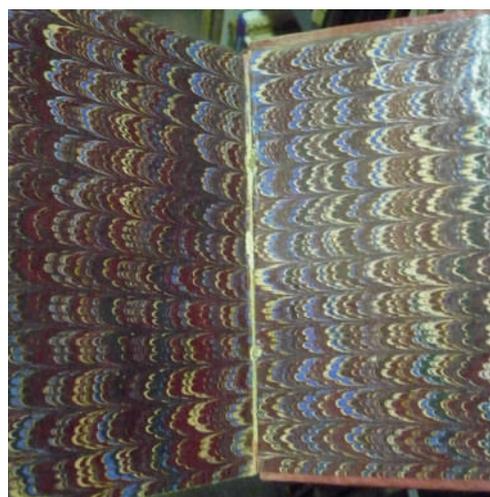
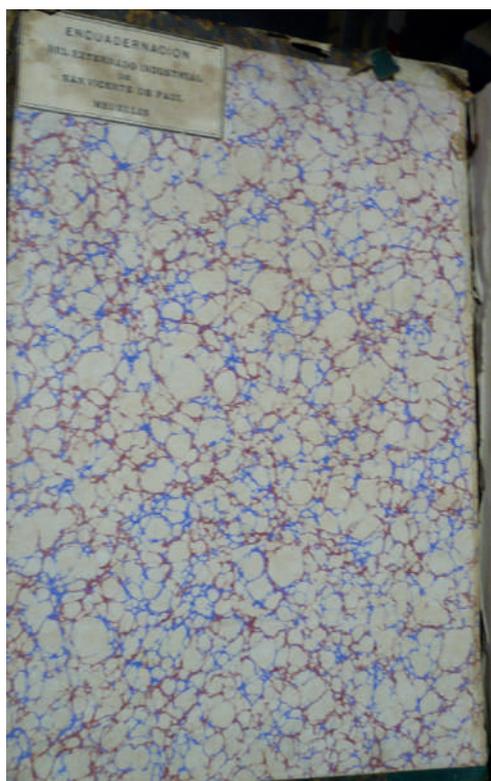
La amputación de aquella memoria histórica, conservada escasamente por intentos individuales de los ya finados Miguel Escobar Calle, Fabio Botero, Abel García, Gustavo Arbeláez y Luz Posada de Greiff, define la estrecha envergadura de estas notas. Desgajadas, despicadas y sin lustre, los ejemplos más sobresalientes de la encuadernación antioqueña duermen el sueño de los olvidados.

Sabemos, por encuadernaciones conservadas en colecciones particulares e información de prensa, que la encuadernación comenzó a perfilarse durante las tres últimas décadas del siglo XIX, como una actividad profesional y artística individualizada de la tipografía, el oficio editorial, la manufactura papelera y el comercio de material de oficina para nuestras nacientes industrias. Esta individualización coincide con el aumento de la actividad editorial de la región; el crecimiento exponencial de sus diarios y revistas, animado por el recrudecimiento de la reyerta política; el auge de las Escuelas Normales durante los gobiernos liberales de la federación; la centralización estatal y eclesiástica de hospicios e internados de huérfanos y menores penalizados, y la apertura de nuestro comercio exterior con países como Francia e Inglaterra, de donde atestiguan los diarios oficiales provenía la mayor cantidad de insumos.

Los años de la *Belle Époque*, testifican la aparición de aquellos que,

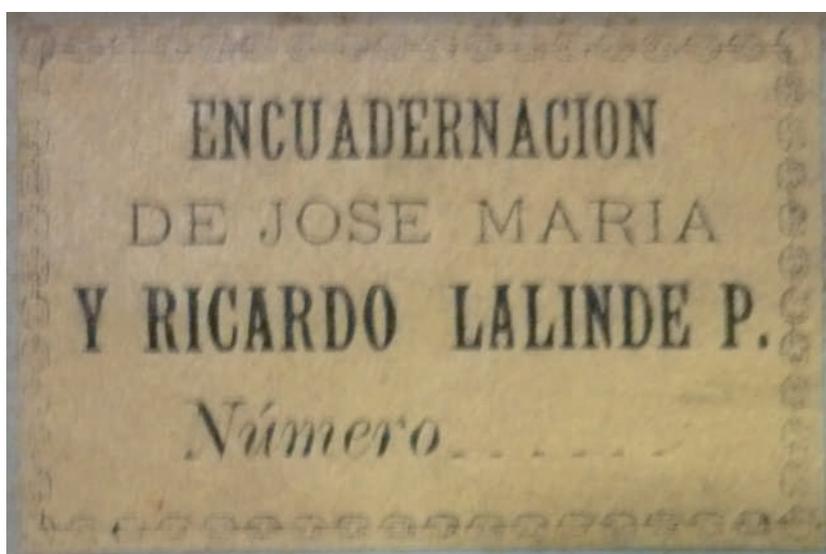


según la jerga gremial de la época, se diferencian de los demás agentes del ecosistema del libro denominándose en clasificados, gacetas y guías comerciales como los primeros “encuadernadores finos” de los que tenemos noticia en territorio antioqueño. Entre ellos sobresalen: José María y Ricardo Lalinde, Salvador Uribe G. y Benigno Zapata, quienes más que desarrollar un estilo propio, o fundir sus propios hierros, seguían los estilos imperantes de la época imitando de manera fiel la apariencia de las tapas de los libros de lujo europeos, según lo permitiera la disponibilidad local de materiales para el oficio, entre los que se cuentan: carretillas, componedores, rodela, papeles marmoleados y encartonados para las tapas; así como cueros marroquíes, cordobeses, tafetanes y terciopelos rebajados mecánicamente en



Europa, y que eran comercializados en la ciudad por introductores de mercancías extranjeras como Manuel J. Álvarez, Justo Pastor Gallo G. y Rudesindo Echavarría y Hnos.

De José María y Ricardo Lalinde, hermanos e hijos del notable bibliófilo y antioqueño Manuel Antonio Lalinde, conocemos maravillosos ejemplos de encuadernación a la holandesa, al tafetán, con o sin nervaduras, con titulación sin tejuelos que exhiben gofrados ciegos y dorados, rectos y bien compuestos. Solían marcar con regularidad el pie del lomo de sus trabajos con las iniciales o nombres de los propietarios de los libros intervenidos.



De Salvador Uribe sabemos que trabajó temporalmente con Félix A. Restrepo y Ramón Medina como ayudantes, antes de que abrieran sus propios talleres. Destacan sus trabajos conocidos por el hábil ensamble de tapas estereotipadas. Lujosos ejemplos de su oficio son evidentes en ejemplares que pertenecieron a bibliotecas ilustres, como la del Tercer Piso, la de Carlos E. Restrepo y la del Club Unión. Al parecer su especialidad era el recubrimiento de biblias cromolitografiadas impresas en Europa, pues conocemos más de un ejemplar de esas condiciones, de lomos gruesísimos, que Uribe encajó, cosió, encabezó con extrema destreza para después recubrirlos con vitela tinturada al blanco titanio con tejuelos de color rojo.

Los trabajos conocidos de Benigno E. Zapata, y la profusión de las marcas de oficio que destacan sus trabajos a lo largo de unos 35 años continuos, nos permiten reconocerlo como una figura fundacional, cuya larga permanencia en el mercado le perfila como el cultor y maestro de todos sus contemporáneos. Trabajaba en un local ubicado en una piececita, anexa a la oficina del inspector de instrucción pública, ubicada en los bajos de la casa de habitación del señor Francisco A. Álvarez, sobre la calle de Ayacucho. Sus trabajos destacan por el uso recurrente de papeles marmoleados en tapas y guardas, trabajos en plena piel, cubiertas estereotipadas con diferentes motivos orlados, nervaduras repujadas a dos tintas: negros y dorados; así como cofías y escartivanas





de difícil elaboración presentes en los libros mayores y contables a él atribuidos en los que se consignaban cuentas del Ferrocarril de Antioquia, o el Banco Botero Arango, por mencionar casos específicos. Como curiosidad del oficio, las cabezadas elaboradas por Zapata a partir de las cejillas repujadas del envés de los lomos demuestran un detenido dominio de la técnica y caracterizan la marca personal de su técnica.

Conocemos un ejemplar de la primera edición de *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla, que Zapata encuadernó lujosamente para la familia Arango Carrasquilla, digno de especial mención. El ejemplar, en plena piel color café con dorados en las tapas y nervaduras, está grabado en sus entre-nervios con un delicado motivo circular con un punto en el centro de la circunferencia de especial delicadeza y sobriedad.

Hoy, que los estudios sobre nuestra cultura impresa tienden su mirada sobre tipógrafos, editores e ilustradores, bien valdría la pena valorar estos y otros antiguos oficianes cuyas cualidades y avatares se quedan en el tintero: los anónimos encuadernadores del Externado de San Vicente de Paúl, Servio Tulio Vásquez, Bonhod y Hnos, Lucio Robledo, Carmen Gutiérrez, Juana E. Restrepo de Z, Ricardo González T, Alberto Bravo Restrepo, Enrique Pérez y tantos otros de quienes conocemos también un pequeño número de trabajos sobresalientes.

Esperamos que el destino no refile su memoria...

Sebastián Mejía Ramírez

Docente e investigador de la Universidad EAFIT y la Universidad de Antioquia, musicólogo de EAFIT con experiencia en gestión documental. Colabora con artículos de índole académica y no académica en publicaciones como *Tesoros de la Biblioteca Nacional de Colombia*, *Revista de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia* y *Escritos desde la Sala* de la Biblioteca Pública Piloto.